

JUAN LANAS.



COPLAS MUY DIVERTIDAS

de un hombre trabajador del campo, que viniendo de su trabajo halló á su mujer cercana al parto y la casa á oscuras. Refiérese la mala noche que pasó el pobre, y lo demás que verá el lector.

Compuestas por el licenciado Gorrion.

Una noche muy oscura,
que llovía sin cesar,
vino del campo Juan Lanas
cansado de trabajar.
Vió la casa á oscuras.
sin luz, sin pajueta,
aceite ni vela,
y el candil rodando,
la mujer en la cama llorando

de antaño la risa,
de muy mala guisa,
y sin saber cosa
con blandura la dijo á su esposa:
deja pesadumbre,
y enciende la lumbre
que vengo mojado,
y la cena preven de contado,
haz luego la cama,

que el sueño me llama
y hay que madrugar.
¡Ay qué noche para descansar!

La mujer respondió al punto:
todo lo debes dejar,
porque yo quiero parir,
y esto no puede esperar:
corre por aceite,
llama á las vecinas,
mata dos gallinas,
y avisa á mi madre,
corre, ves por la comadre:
toma esa botella,
te traerás en ella
media con decoro
de aquel rico vino
que vende Angel Moro;
tráete de camino
la carne y tocino,
garbanzos, y parte
á la lonja por el chocolate,
bizcochos bañados,
azúcar rosado,
que debes comprar.
¡Ay qué noche para descansar!

Viendo Juan que era preciso,
tuvo por bien de marchar
á todos estos recados,
y sin un punto tardar:
anda por las calles
haciendo mil eses,
dando mil traspieses,
y echando baladre,
y sacando los charcos de madre,
por calles, plazuelas
y por callejuelas,
cogiendo á montones
las cascarrías hasta los calzones,
aquí resbalando,
y allí tropezando,
casi sin aliento,
y el estómago lleno de viento

todas sus andanzas
cumplió sin tardar.
¡Ay qué noche para descansar!

Encendió la lumbre y puso
un puchero á calentar
con agua para unas sopas
que tenia que cenar,
cuando la comadre
le dice: usted venga
y á su mujer tenga,
porque me sospecho
que este parto viene por derecho,
que ya los dolores
los siente á menudo;
y el marido calló como un mudo:
la toma en los brazos,
y ella dando gritos,
se vuelve diciendo: ¡ay pobrecito,
que culpa no tienes
de mi gran penar!
¡Ay qué noche para descansar!

Viendo que ya los dolores
no los puede tolerar
cuando dijo la comadre
muy poco debe tardar.
Virgen del Buen Parto,
señor San Jacinto,
San Ramon bendito,
la estampa al instante,
y la vela enciende vigilante:
venga el relicario
que al tío Macario
de su abuelo le vino
y el rosario del tío Victorino,
la cédula del padre
fray Sufras de Cádiz,
que allí dejó escrita
que la beba con agua bendita:
ánimo, hijz mia,
que la letanía
vamos á rezar.
¡Ay qué noche para descansar!

Salió á luz una muchacha
 despues de todo este afan:
 mala noche y parir hija,
 como dice aquel refran
 Dice la partera:
 beba agua caliente,
 sople la aceitera,
 masque unos cabellos
 tanto que llegue
 á vomitar con ellos:
 la tijera pido,
 un hilo torcido,
 la faja y pañuelo;
 y apretando el nudo con celo,
 la faja ceñida,
 la parida en la cama metida
 la dejó, y ordena
 que de dos en dos horas beba
 de caldo una taza,
 y Juan con cachaza
 se las puede dar.
¡Ay qué noche para descansar!

Acabando con la madre,
 con la niña fué á empezar,
 y Juan iba á hacer la cena,
 cuando le volvió á llamar.
 Le dice: es preciso
 que vaya y no tarde
 por el albayalde,
 y en su compañía
 el jarabe de la peonía,
 se traerá un pocillo
 con el culantrillo
 y la escorzonera;
 y tomando la niña lijera,
 la que con destreza
 la armó la cabeza,
 y con disimulo
 le metió el dedito en el culo,
 le envuelve en la faja,
 y ella se desgaja
 al punto á llorar.
¡Ay qué noche para descansar!

Vino Juan, y la comadre
 así que le vió entrar,
 le entregó la criatura
 y empezó á relatar:
 veista aquí su hija,
 la que es como un oro,
 gorda como un toro,
 y es bien que le cuadre,
 porque en un todo
 se parece al padre:
 tómela en los brazos,
 páséela un rato
 que así el llanto merma,
 pues que es preciso
 que su madre duerma,
 por ver si se alivia;
 tráigame agua tibia;
 búsqueme unos paños,
 pues quiero lavarme las manos,
 y la niña arrulla
 donde no arme bulla
 que pueda inquietar.
¡Ay qué noche para descansar!

Cuidado que á la parida
 no se la puede inquietar,
 que si no sube la madre
 al gazzate y la puede ahogar.
 Ninguna se espante,
 que esta es una cosa
 viva y bulliciosa
 que todas tenemos;
 y segun su figura sabemos
 tiene siete rabos
 que por varios casos
 están repartidos,
 y si se la mueve
 da grandes bramidos:
 digo lo que es cierto,
 que no hallo portento,
 ni jamás lo esperes,
 como llover y parir las mujeres:
 y Juan muy alerta
 con la boca abierta

la está oyendo hablar.
¡Ay qué noche para descansar!

Se despide la comadre
y las vecinas se van,
quedando solos en casa
la madre, la niña, y Juan.
Dice la parida:
Juan, me da el flato:
la lleva en un plato
bizcochos y vino;
y la niña llorando sin tino,
la toma en los brazos,
y arrulla y pasea,
la duerme, la acuesta;
y la cena que á la lumbre puesta
muy desazonada
para su persona,
tomó una cuchilla,
y echó en sopas
medio pan de villa;

con este refuerzo,
que sirvió de almuerzo,
se fué á trabajar.
*¡Ay qué noche tan terrible
pasó el pobrecito Juan!*

A todos los que han oído
las coplas, dice Juan Lanás,
no se fien de mujeres,
pues ya conocen sus mañas
Yo que me he fiado
muy mal lo he pasado,
como antes dijo,
y las coplas aquí finalizo:
si leerías quisieren
todos mis amigos,
echen mano luego
á los bolsillos;
ninguno se enoje,
tomen el papel,
y dos cuartos aflojen por él

